



LOS EXPLENDORES DE LA CORTE CHINA

HÁBLASE mucho del lujo y esplendor de las cortes de España y de la Gran Bretaña, y se citan siempre sus fastuosidades y sus grandes ceremonias cuando quiere darse á entender gran pompa y solemnidad, brillantez y riqueza, en la celebración de fiestas. Con toda esa fama, el lujo de las cortes de Madrid y de Londres resulta empujado y de muy poca importancia si se compara al que se usa en Pekín, la capital del Celeste Imperio: cuentos de *Las mil y una noches* parecen los relatos de la magnificencia que se acostumbra emplear en los palacios imperiales de China y las descripciones de los trajes que visten las personas de la dinastía reinante en aquel lejano país oriental.

Todo esto lo relata la escritora inglesa Miss Katherine Carl en un libro que ha escrito, en el que describe lo que vió y observó en el tiempo que estuvo en el palacio imperial de Pekín viviendo al lado de la emperatriz viuda de China. Miss Carl, que además de excelente escritora es notable pintora, hizo varios retratos de la emperatriz, de algunas princesas y de las dos esposas del emperador actual, y de ellos reproducimos tres, uno de los cuales representa á aquella gran señora sentada en un trono de madera de sándalo, con incrustaciones de oro, pedrería y nácar, trabajado todo minuciosamente y delicadamente obedeciendo al diseño facilitado por la propia emperatriz.

Ahora que la boda de Don Alfonso XIII con la princesa de Battenberg recuerda los esplendores y formalidades de nuestra corte, resulta muy interesante transcribir aquí algunas páginas del curioso libro de Miss Carl, que presentan varios de los aspectos en que se ofreció á la autora la anciana emperatriz cuando le consintió penetrar en los detalles de la existencia misteriosa que llevan los soberanos chinos haciéndole conocer sus

costumbres, tan extrañas para los pueblos occidentales.

UNA TOILETTE DE HADAS

En 1903 fué Miss Carl presentada á la emperatriz viuda, «mujer de sesenta y nueve años de edad,—dice la autora citada—pero que no representa más de cuarenta. Es de estatura admirablemente proporcionada, frente ancha y bien formada, ojos de un negro brillante bajo cejas armoniosamente arqueadas, y labios rojos que cubren unos dientes deslumbrantes. En cuanto á su cabello es abundante, y negro como el azabache.»

La emperatriz, en su calidad de viuda, tiene prohibido emplear ninguna clase de afeites en el tocado y arreglo de su persona. Pero esta misma condición de viudez no es obstáculo para que en su *toilette* presida un verdadero derroche de lujo y suntuosidad.

Miss Carl dice que la emperatriz se le presentó envuelta en una túnica de brocado de un color amarillo hermoso, toda bordada de perlas. Dicha túnica, según la costumbre mandchú, ha sido tejida de una sola pieza y caía desde el cuello hasta los talones de la emperatriz, estando sujeta al costado de ésta, á partir del hombro derecho y en toda su longitud, por ricos y vistosos botones. El forro de esta túnica era de seda fuerte y transparente que caía sobre una segunda túnica del mismo color y de igual longitud. Del primer botón sobre el hombro derecho pendía una cinta de dieciocho enormes perlas, entre las cuales se intercalaban piezas de jade, de un verde á la vez brillante y transparente. De este mismo botón pendía un gran rubí esculpido, que retenía borlas de seda amarilla de las que sobresalían tres inmensas perlas en forma de pera, de rara belleza.

De cada lado del cuerpo, inmediata-

mente debajo de los brazos, caía un pañuelo azul pálido de seda bordada y un saquito perfumado adornado con borlas de seda negra.

La garganta lucía una corbata azul clara, bordada en oro é incrustada con grandes perlas.

El negro pelo de la emperatriz estaba separado en el centro de la cabeza, cayendo detrás de las sienes y después levantándose sobre la coronilla, para formar larga y espesa trenza envuelta en una cinta de perlas en el centro de las cuales aparecía otra muy grande, espléndida y reluciente. De cada lado pendían ramos de flores naturales mezcladas con profusión de joyas. De una borla afecta al lado derecho del peinado caían sobre la espalda ocho cordones de magníficas perlas.

La emperatriz llevaba además pulseras y sortijas, y en cada mano dos estuches para las uñas, algunas de estas tan largas que su dueña tenía necesidad de protegerlas. Los estuches ó dediles de la mano izquierda eran de jade, de un verde brillante, y los de la derecha eran de oro y guarnecidos de rubies y perlas.

LAS COMIDAS DE LA CORTE CHINA

Miss Carl nos da también detalles muy divertidos referentes á la importancia que los chinos dan á los placeres del estómago.

En el palacio imperial, por ejemplo, se sirven los manjares con verdadera profusión. Al empezar la comida, se colocan en la mesa principal veinte ó treinta platos, y en otra mesa aneja figuran varios platos más con arroz, *pansit* (un compuesto de macarrones, trozos de carne de cerdo, langostinos, ajos fritos y diversos alimentos más). Los chinos son consumados maestros en el arte culinario: aletas de tiburón, ternillas de gamo, lenguas de pájaros, sopas de nidros de golondrinas, sesos de pescados, huevos de camarones y multitud de otros platos extraordinarios forman la comida diaria del palacio imperial.

Miss Carl afirma que nadie sabe preparar un pato ó un ánade, y en general todo lo volátil y la caza, como lo hacen los chinos. Las sopas preparadas por ellos tienen un sabor y una vista incomparables. El pan que hacen los chinos es excelente, y son también maestros en la preparación de cremas y otras deliciosas golosinas.

Raramente beben los chinos durante las comidas,

y cuando lo hacen se sirven de tazas minúsculas del tamaño de una copa delicor, que contienen vino caliente. Este vino, que se guarda en vasos de plata colocados en recipientes llenos de agua hirviendo, se destila con flores y yerbas aromáticas que le comunican exquisito bouquet. Algunos de estos vinos llevan nombres muy poéticos: *Rocío matutino*



Retrato de la emperatriz viuda de China sentada en un trono de madera de sándalo ricamente trabajado

Gotas caídas de las manos de Buda, y otros por el estilo.

Jamás beben los chinos agua fría ni toman té cuando comen; y en cuanto al café, lo desconocen en absoluto. Después de levantarse de la mesa es cuando toman el té, pero sin leche y sin azúcar.

LAS AUDIENCIAS DEL EMPERADOR

La emperatriz con el emperador á su lado conceden sus audiencias en una vasta sala, en cuyo centro está colocado el trono bajo un dosel. Los soberanos chinos asisten todos los días á esa sala y reciben al primer ministro y al gran secretario.

En estas recepciones ocurre una cosa bien divertida y relacionada con la etiqueta, que además ofrece un ejemplo de corrupción de funcionarios. Delante del trono imperial se colocan en el suelo, uno detrás de otro, cinco almohadones sobre los cuales se arrodillan los miembros del Gran Consejo cuando presentan sus mensajes á los soberanos. El almohadón del primer ministro se coloca el más próximo al trono. Únicamente los miembros del Gran Consejo poseen el privilegio de no arrodillarse sobre el suelo desnudo, pues todos los demás funcionarios, cuando presentan los decretos á la firma, tienen que arrodillarse en los espacios que quedan libres entre los cinco almohadones. Así resulta su posición muy desventajosa, porque tienen que colocarse demasiado lejos de los soberanos para oír las palabras que salen de sus augustos labios, palabras pronunciadas en voz tan baja que apenas se oyen. Pero los funcionarios hacen lo posible por salvar la dificultad, disminuyendo la distancia que los separa del trono. Para esto, dan una propina al eunuco con los introduce en el salón de audiencias, y consiguen que este criado les facilite acercarse á los augustos personajes. Está for-

malmente prohibido tocar á los almohadones destinados al primer ministro y al gran secretario; pero, en cambio, queda al arbitrio del eunuco introducir la colocación de los otros tres almohadones. Si este servidor, que es, por lo que se vé, un gran personaje estima que se halla bien pagado (porque existe una tarifa para la retirada de cada almohadón), hace desaparecer los tres destinados á los funcionarios inferiores del Consejo.

Cuando el eunuco en ejercicio conduce á un funcionario á la sala de audiencias, abre la gran puerta, se arrodilla en el suelo, anuncia el nombre y rango de la persona que introduce y la hora y minutos de su llegada á palacio. Al mismo tiempo, antes de levantarse, retira hábilmente los almohadones, según la propina que ha recibido. Cuando el funcionario ha entrado, se aproxima al trono todo lo que le permite su rango y la importancia de la suma que ha dado al eunuco.

Terminada la misión del funcionario, se le obliga á retirarse con toda la precipitación posible, tomando nota de esta precipitación algunos eunucos, pues si el hombre se retrasa, por poco que sea, en volver los talones, se le castiga con la pena capital. Castigo tan severo tiene por objeto impedir que los indiscretos sorprendan los secretos de Estado.

Los funcionarios que tienen obligación de asistir á numerosas audiencias para proteger las rodillas contra la dureza de las losas de mármol, se colocan en ellas pequeñas almohadillas cuyo uso pueden muy fácilmente disimular con las largas túnicas que visten.



La emperatriz Ye-ho-na-lah, primera esposa del emperador de China

HONORES TRIBUTADOS Á LAS VIUDAS

La primera dama de la corte, después de la emperatriz viuda, es la joven emperatriz, mujer del emperador, el cual tiene además una segunda mujer. Inmediatamente después figuran las viudas de los príncipes difuntos, y dos duquesas,

también viudas. Debe advertirse que en China las viudas no se vuelven á casar, ó, si lo hacen, pierden el derecho á su casta y manchan su reputación. No se las sacrifica en la pira funeraria de los esposos, como se practica en algunos puntos de las Indias, pero si se suicidan, este acto se considera siempre como decisión muy laudable.

Mas la viuda que permanece fiel á la memoria del esposo durante su vida, es recompensada por la consideración y el respeto que todo el mundo le concede. Y cuando ocurre su muerte, se le rinden honores especiales.

Lo mismo se hace con las jóvenes que prefieren no casarse nunca. A unas y á otras se las dedican arcos de triunfo para conmemorar sus actos. El viajero que recorre China encuentra á cada instante

estos arcos consagrados á las viudas y á las virgenes. Si las familias no son lo bastante ricas para costear estos monumentos, recurren á suscripciones públicas, á las que todos los chinos contribuyen con verdadero afán.

Estos arcos, de madera ó de piedra, están esculpidos con mucho cuidado, algunas veces de manera muy notable, y re-

presentan animales fabulosos, flores y pájaros de toda especie. En la cima se graba el nombre de la heroína, y en las paredes se hace la cita de sus actos virtuosos. Con frecuencia ocurre que los

chinos casan á una niña de seis ú ocho años de edad, aunque el matrimonio no se celebra hasta que llegue á los dieciseis. Pero si el presunto marido muere antes de esta época, la desdichada niña es considerada como viuda, y á partir de aquel momento deberá llevar la vida de una reclusa. Se le prohíbe casarse nuevamente, y aunque le está permitido adoptar un hijo que le llame *madre*, no por eso se halla autorizada para tener familia creada por ella, pues si lo hace se atraerá el desprecio de cuantos la rodeen.

Durante los tres primeros años de viudez deberá llevar luto riguroso; después, no podrá lucir colores vistosos, exceptuándose el azul y el violeta. En el norte de China, así como en Mandchuria, las mujeres se ponen en el rostro pintura y polvos en abundancia, pero las viudas no pueden jamás hacer uso de ningún colorete en mejillas y labios, ni en la frente.



La segunda esposa del emperador de China, con el peinado de verano

